**146. La civilización del amor.**

Luis Van de Velde Comunidades Eclesiales de Base.

En su escrito publicado el 18 de marzo de 1979 Monseñor Romero reflexiona sobre el concepto “la civilización del amor” y lo titula “*Solo el amor puede liberarnos*.”

*“Construir una civilización del amor sería lograr un pueblo que inspirara su cultura, sus relaciones humanas, su progreso, su actividad, en el móvil fecundo del amor, de un amor auténtico que se pareciera a la entrega generosa del Salvador de los hombres* (y de las mujeres).” Leyendo esto, nos preguntamos ¿qué inspira a nuestros partidos políticos? ¿qué inspira a los miembros de la asamblea, del gabinete de gobierno, del sistema judicial, del poder electoral, de la fiscalía, los alcaldes,…? En la realidad en que vivimos es evidente que no es “el amor” que es el motor de esos altos funcionarios en nuestro país (continente). Los casos de corrupción y de enriquecimiento ilícito son tan graves y apenas vemos el punto del iceberg. Si diputados/a no quieren hacer una ley que reconoce el agua como un derecho humano fundamental, si diputados/as quieren evitar que la nueva ley de reconciliación incluya penas carcelarias para los responsables de crímenes de guerra y de lesa humanidad, si diputados/as no quieren cambiar radicalmente el sistema de pensiones que es un verdadero robo a la clase trabajadora, entonces es evidente que no es el amor que los mueve.

Dice Monseñor Romero: *“La civilización del amor repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación, y los desatinos morales.”* La civilización del amor nos obliga a revisar nuestros *“comportamientos frente a los expatriados y a los demás problemas subsiguientes”.* En esta frase ya aparecen muchas realidades que hoy seguimos viviendo. La violencia sigue siendo uno de los problemas más graves: asesinatos, desapariciones, desplazamiento forzado, migración, extorsiones, etc. Lo que más nos ha inundado de manera sistémica es el egoísmo, el individualismo hasta grados extremos de enfermedad. Da la impresión que el sistema nos mete el individualismo con la lecha materna o con la pacha. Vivimos en una sociedad de derroche y de descarte. Es increíble cuanto gente bota basura a los lados de las carreteras; el uso de desechables sigue como que no nos interesa; los salarios mínimos hacen entender que las personas que está abajo en la escalera social no deben ni comer, ni vestirse, ni pagar casa, es decir son descartadas. De ahí la explotación en los trabajos: en el trabajo doméstico, pagando menos del salario mínimo, largos horarios de trabajo sin descanso, aumentando siempre el ritmo,… Y por supuesto si empezamos a valorar la sociedad salvadoreña desde el ángulo de la ética, no nos sobrará mucho: la tremenda corrupción tanto en la empresa privada como los altos funcionarios estatales y municipales. Da la impresión que robar al pueblo es lo más normal.

Monseñor cita a Puebla que está consciente que “*la civilización del amor” es “una expresión sin la energía necesaria para enfrentar los graves problemas de la época.”* Nos parece que ahí tenemos una gran responsabilidad las y los cristianos, las iglesias. Si nosotros/as no estamos en la barricada para construir esa civilización del amor, nuestra fe no será ni sal, ni fermento, ni luz. ¿Sería que estamos dudando de la fuerza del amor? ¿Sería que – a pesar de los ritos religiosos y las tradiciones religiosas – hemos dejado de creer en Aquel que impuso el amor como señal de seguimiento? Así lo plantea Monseñor Romero.

En el tiempo de Monseñor Romero nuestro pueblo sufrió el impacto del involucramiento de los EEUU en el proceso nacional. Recordemos que escribió una carta al presidente Carter exigiendo que no enviara armas. Luego llegó Reagan con una intervención directa de un millón de dólares al día para aplastar la rebelión popular y callar la voz de la justicia. De ahí que Monseñor Romero nos escribe: “*Por eso “la civilización del amor” también es capaz de repeler “la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América. No aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías, que no nos exploten los países desarrollados, sino que nos ayuden con magnanimidad a vencer las barreras de nuestro subdesarrollo respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales*”. Así cita a Puebla. En el tiempo de hoy Monseñor Romero estaría muy preocupado por el enamoramiento entre el presidente y el embajador de los EEUU. Entendemos que hay que buscar equilibrios porque en los EEUU viven más de dos millones compatriotas, muchos de ellos amenazados de ser expulsados. Pero si nos descuidamos el imperio seguirá poniendo sus botas sobre nuestro pueblo. Con Monseñor Romero no podemos permitirlo. (6 de febrero de 2020)